

Francis Scott Fitzgerald

Suave es la noche

Traducción de
José Luis López Muñoz

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Tender is the Night*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsuarez.com

Fotografía: © H. Armstrong Roberts / Retrofile RF / Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: José Luis López Muñoz, 2022

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-621-5

Depósito legal: M. 27.762-2021

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Already with thee! tender is the night. . .
... But here there is no light,
Save what from heaven is with the breezes blown
Through verdurous glooms and winding mossy ways.*

(¡Contigo ya! Suave es la noche...
... pero no hay luz aquí,
sólo la que desciende desde el cielo con la brisa,
la que penetra a través de las sombras del follaje
y de los verdes caminos serpenteantes.)

JOHN KEATS, «Ode to a nightingale»
(«Oda a un ruiseñor»), 1819

Para Gerald y Sara
Muchas fêtes

Libro primero

I

En una atractiva zona de la Riviera francesa, más o menos a mitad de camino entre Marsella y la frontera con Italia, se alza un gran hotel señorial de color rosado. Palmeras serviciales refrescan su ruborizada fachada y ante él se extiende una playa deslumbrante, aunque de reducidas dimensiones. En estos últimos tiempos el hotel se ha convertido en residencia veraniega de gente notable y elegante; diez años atrás se quedaba casi vacío cuando, en abril, sus clientes ingleses emigraban hacia el norte. En la actualidad han aparecido numerosos chalés por sus alrededores, pero al comienzo de este relato sólo los tejados de una docena de antiguos palacetes se deterioraban, semejantes a nenúfares, entre los ocho kilómetros de apretados pinares que separan Cannes del Hôtel Gausse des Étrangers.

El hotel y su dorada playa –semejante a una alfombra para la oración– eran una y la misma cosa. A primera hora de la mañana la imagen de Cannes en el horizonte, la de las viejas fortificaciones rosa y crema, y la de los Alpes morados que marcan la distancia con Italia se proyectaban sobre el agua y yacían, estremecidas, sobre las diminutas olas y los círculos provocados por las plantas marinas en los bajíos transparentes. Antes de las ocho de aquella mañana inicial, el

bañista que apareció por la playa envuelto en un albornoz procedió –después de una generosa aplicación por todo el cuerpo de un agua más bien fría, y de mucho resoplar y de numerosas hondas respiraciones– a sumergirse en el mar durante un minuto. Cuando se marchó, playa y bahía quedaron en silencio durante una hora. Buques mercantes avanzaron a paso de tortuga por el horizonte; varios empleados hablaron a gritos en el patio del hotel; en los pinares se fue evaporando el rocío. Al cabo de una hora los cláxones de la circulación motorizada empezaron a oírse en la carretera que serpenteaba a lo largo de los Maures, macizo montañoso de poca altura que separa la Riviera de la Francia verdaderamente provenzal.

A algo menos de dos kilómetros del mar, donde los pinos ceden el sitio a unos chopos polvorientos, se encuentra una estación de ferrocarril desde la que, en aquella mañana de junio de 1925, una victoria trasladó hasta el Hôtel Gausse des Étrangers a una dama y a su hija. La belleza algo decadente de la madre pronto quedaría menguada por la aparición en su rostro de algunas rojeces varicosas; su expresión era tranquila y, de una manera agradable, observadora. Nunca, de todos modos, perdía de vista a su hija, una joven que poseía magia en sus manos sonrosadas y en sus encendidas mejillas, en las que ardía un fuego encantador, semejante al admirable rubor de los niños después del frío baño vespertino. Su delicada frente descendía con suavidad hasta donde sus cabellos, que la rodeaban como un casco heráldico, estallaban en bucles y ondas de color rubio platino y oro. Los ojos eran brillantes, grandes, claros, húmedos y luminosos; el color de las mejillas, auténtico, se propagaba

hasta cerca de la superficie de la piel desde el poderoso surtidor joven que era su corazón. Su cuerpo se mantenía delicadamente en el límite último de la infancia: a punto de cumplir dieciocho años, estaba casi completa, pero sin perder aún el rocío de años más tiernos.

Al aparecérselos el mar y el cielo, en una delgada línea ardiente, la madre exclamó:

—Algo me dice que este sitio no nos va a gustar.

—De todos modos estoy deseando volver a casa —respondió su hija.

Las dos hablaban con alegría, pero era evidente que carecían de dirección y les molestaba comprobarlo; y que, por añadidura, no iba a bastarles con cualquier dirección. Querían emociones fuertes, no porque necesitaran estimular nervios hastiados, sino empujadas por la avidez de colegialas con matrícula de honor que se han merecido unas vacaciones.

—Nos quedaremos tres días y después nos volveremos a casa. Telegrafiaré cuanto antes para reservar los pasajes.

En el hotel la joven se comunicó con recepción en un francés correcto pero casi sin entonación, como si se tratara de algo nada más que recordado. Cuando las instalaron en el piso bajo, la muchacha se llegó hasta el resplandor de la puerta acristalada en la habitación que ocupaban, la abrió y dio unos pasos por la terraza que se extendía a todo lo largo del hotel. Al andar se movía como una bailarina de ballet: en lugar de permitir que se le curvara la espalda, mantenía la columna vertebral siempre bien recta. En el exterior, la luz ardiente recortó su sombra hasta casi suprimirla, y Rosemary se apresuró a dar marcha atrás: el brillo

era tan excesivo que le impedía ver. A una distancia de unos cincuenta metros el Mediterráneo entregaba sus pigmentos, segundo a segundo, a la brutal luz solar; más allá de la terraza, un Buick descolorido se cocía en la avenida de entrada al hotel.

De hecho sólo la playa, en toda la zona, era escenario de actividad. Tres niñeras británicas hacían punto utilizando el sosegado modelo de la Inglaterra victoriana, el modelo de los años cuarenta, de los sesenta y de los ochenta, para tejer suéteres y calcetines, con la ceremoniosa melodía del cotilleo a modo de ensalmo; más cerca del mar una docena de veraneantes se cobijaba bajo sombrillas a rayas, mientras su consiguiente docena de infantiles vástagos perseguían por los bajíos a peces que no se dejaban intimidar, o yacían desnudos al sol, con la brillantez que les deparaba el aceite de coco.

Mientras Rosemary avanzaba playa adentro, un niño de unos doce años la adelantó para lanzarse al mar entre gritos de júbilo. Consciente del escrutinio agresivo de rostros desconocidos, la recién llegada se desprendió del albornoz y siguió al pequeño. Flotó cabeza abajo unos cuantos metros, pero al descubrir la escasa profundidad del agua se incorporó, tambaleante, y avanzó con dificultad, arrastrando gráciles piernas como pesos muertos ante la resistencia del agua. Cuando el mar ya la cubría hasta el pecho, se volvió para mirar hacia la playa: un calvo con monóculo y extremidades inferiores protegidas por mallas, el pecho de pelo hirsuto muy proyectado hacia delante, el descarado ombligo encogido al máximo, la observaba con gran atención. Al devolverle Rosemary la mirada, dejó caer el monóculo, que fue a esconderse entre los

irónicos bigotes del pecho; luego se sirvió un vasito del contenido de una botella que tenía en la mano.

Rosemary hundió la cabeza en el agua y nadó hasta la balsa utilizando un crol deshilvanado de cuatro batidas. El agua se esforzó por abrazarla, la hundió con ternura para liberarla del calor, le penetró entre los cabellos y llegó a todos los rincones de su cuerpo. La joven giró sobre sí misma una y otra vez, respondiendo al abrazo, regodeándose. Al llegar a la balsa se había quedado sin aliento, pero una mujer tostada por el sol, de dientes muy blancos, la miró desde arriba, y Rosemary, consciente por primera vez de la cruda blancura de su propio cuerpo, hizo el muerto y se dejó llevar hacia la orilla. El individuo peludo con la botella en la mano le dirigió la palabra al salir del agua.

—¿Sabe? Hay tiburones más allá de la balsa. —Era de nacionalidad indeterminada, pero hablaba inglés a ritmo lento y con acento de Oxford—. Ayer devoraron a dos marineros ingleses de la *flotte* que está anclada en Golfe-Juan.

—¡Cielos! —exclamó Rosemary.

—Vienen atraídos por los desechos de la *flotte*.

Veló los ojos para hacerle saber que, al hablar, su único propósito era que la recién llegada estuviese al tanto; luego se alejó un par de pasos —pendiente de dónde ponía los pies— y se sirvió otra vez del contenido de la botella.

Siempre consciente de que se la observaba, pero sin que llegara a desagradarle, puesto que se había producido una ligera desviación de la atención durante aquel diálogo, Rosemary buscó un sitio donde instalarse. Resultaba evidente que cada familia era propietaria de la franja de arena inmediatamente delante de

su sombrilla; pero aparte de eso había mucho ir y venir y mucho intercambio de conversaciones: un ambiente de familiaridad en el que sería presuntuoso inmiscuirse. Más hacia arriba, donde ya aparecían en la playa guijarros y algas muertas, se había instalado un grupo de piel tan blanca como la suya. Sus componentes se tumbaban bajo pequeños parasoles en lugar de las grandes sombrillas de playa y estaban sin duda menos identificados con el sitio. Rosemary encontró un lugar a mitad de camino entre la gente más morena y la más pálida y procedió a extender su albornoz sobre la arena.

Ya tumbada, oyó primero sus voces, sintió cómo sus pies la rodeaban y advirtió que sus cuerpos se interponían entre el sol y ella. El aliento de un perro inquisitivo estalló, cálido y nervioso, junto a su cuello; también sintió que su piel se quemaba un poco con el calor del sol mientras oía el ruido mínimo y agotado de las olas al morir sobre la playa. Enseguida empezó a distinguir voces individuales y se enteró de que alguien a quien se designaba despreciativamente como «ese tipo del norte» había secuestrado, la noche anterior, a un camarero de un café de Cannes con intención de serrarlo por la mitad. La persona que transmitía aquella historia era una mujer de pelo blanco, todavía vestida con traje de noche, sin duda reliquia de la velada precedente, porque llevaba incluso una tiara en la cabeza y le agonizaba en el hombro una orquídea desalentada. Rosemary, sintiendo que le nacía una vaga animosidad hacia ella y sus acompañantes, se dio la vuelta.

Más cerca, al otro lado, una joven tumbada bajo un techo de sombrillas preparaba una lista a partir de

un libro abierto sobre la arena. Se había bajado el bañador para dejar los hombros al descubierto, y la espalda, de un marrón rojizo tirando a naranja, realzada por un collar de perlas cremosas, brillaba al sol. Su rostro reflejaba dureza pero era encantador y patético. Sus ojos se cruzaron con los de Rosemary, pero sin llegar a verla. Tras ella había un hombre muy atractivo con gorra de jockey y mallas de rayas rojas; también descubrió a la mujer que había encontrado en la balsa y que le devolvió la mirada, porque ella sí que la estaba viendo; luego otro varón de cara alargada y dorada cabeza leonina, con mallas azules y sin sombrero, hablando, muy seriamente, con un joven indudablemente latino de mallas negras, los dos dedicados a recoger trocitos de algas esparcidos sobre la arena. Rosemary pensó que eran en su mayor parte estadounidenses, aunque había algo que los diferenciaba de otros compatriotas que había conocido en los últimos tiempos.

Al cabo de un rato cayó en la cuenta de que el hombre con gorra de jockey estaba haciendo una discreta representación teatral para aquel grupo; se movía, lleno de seriedad, con un rastrillo, retirando de manera ostensible piedrecitas y al mismo tiempo desarrollando alguna pantomima esotérica que mantenía el interés de los espectadores gracias a la gravedad de su expresión. Hasta las mínimas ramificaciones de su actividad resultaban hilarantes, con el resultado de que, dijera lo que dijese, siempre provocaba una carcajada colectiva. Incluso las personas que, como ella misma, estaban demasiado lejos para oír lo que decía enviaban ya antenas de atención hasta que la única persona de la playa que no participaba en el juego era la joven del collar de perlas. Quizás, llevada por la modestia de sa-

berse propietaria de aquel prodigio, respondía a cada explosión de risas inclinándose aún más sobre su lista.

El tipo del monóculo y de la botella habló de repente desde el cielo por encima de Rosemary.

–Es usted una nadadora formidable.

Rosemary se mostró disconforme.

–Mejor que buena. Me llamo Champion. Una señora de ahí dice que la vio en Sorrento la semana pasada, que sabe quién es usted y que le gustaría conocerla.

Mirando alrededor con disimulada irritación, Rosemary vio que el grupo de las personas con la piel sin broncear la estaba esperando. A regañadientes se puso en pie y fue hacia ellos.

–La señora Abrams, la señora McKisco, el señor McKisco, el señor Dumphry.

–Sabemos quién eres –intervino la mujer con el traje de noche–. Rosemary Hoyt, sin duda; te reconocí en Sorrento y se lo pregunté al gerente del hotel y todos creemos que eres absolutamente maravillosa y queremos saber por qué no estás ya de vuelta en los Estados Unidos haciendo otra espléndida película.

Todos esbozaron un gesto superfluo de apartarse para hacerle sitio. La mujer que la había reconocido no era judía, a pesar de su apellido. Tan sólo una de esas «optimistas indestructibles» de avanzada edad que siguen batallando hasta alcanzar a la siguiente generación gracias a ser impermeables a la experiencia y a disfrutar de una excelente digestión.

–Queríamos avisarte para que no te quemes el primer día –prosiguió alegremente–, porque *tu* piel es importante, pero por lo que parece en esta playa tiene tanta importancia el protocolo que no sabíamos si te iba a parecer mal.

II

–Pensábamos que quizás estabas en la trama –dijo la señora McKisco, una joven bonita, ojerosa y de un apasionamiento descorazonador–. No sabemos quién está en la trama y quién no. Un señor con el que mi marido se había mostrado sumamente amable ha resultado ser uno de los personajes principales, prácticamente el ayudante del héroe.

–¿La trama? –quiso saber Rosemary, entendiendo sólo a medias–. ¿Es que hay una trama?

–No lo *sabemos*, cariño –dijo la señora Abrams, con una risita incontenible de mujer robusta–. Nosotros no participamos. Sólo somos espectadores.

El señor Dumphry, un joven rubio de aire afeminado, señaló:

–Mamá Abrams es una trama ella sola.

Campion agitó el monóculo en su dirección:

–Vamos, Royal, no digas cosas tan horribles, haz el favor –le reprochó.

Rosemary los miró a todos incómoda, lamentando que su madre no hubiera bajado a bañarse con ella. No le gustaban aquellas personas, de manera especial al compararlas con el grupo de bañistas que la habían interesado al otro extremo de la playa. La habilidad social de su madre –modesta pero sin resquicios– las había sacado de situaciones desagradables con rapidez

y firmeza. Pero Rosemary era una celebridad desde hacía sólo seis meses y a veces los modales franceses de su primera adolescencia y los más democráticos de los Estados Unidos, estos últimos superpuestos, creaban cierta confusión y facilitaban que le sucediesen cosas así.

El señor McKisco, un individuo demasiado flaco, de piel roja y muchas pecas, de unos treinta años, no encontraba divertido el asunto de la «trama». Había estado contemplando el mar, pero después de una rápida mirada a su mujer, se volvió hacia Rosemary y le preguntó agresivamente:

—¿Lleva aquí mucho tiempo?

—Sólo un día.

—Ah.

Convencido, sin duda, de haber cambiado por completo el tema de conversación, miró por turno a los demás.

—¿Te vas a quedar todo el verano? —preguntó, inocente, la señora McKisco—. Si te quedas, podrás ver cómo se desarrolla la trama.

—¡Por el amor de Dios, Violet, olvídate de ese asunto! —estalló su marido—. ¡Búscate otro chiste, cielo santo!

La señora McKisco se inclinó hacia la señora Abrams y dijo en voz baja aunque de manera audible:

—Está nervioso.

—No estoy nervioso —discrepó McKisco—. Sucede que no estoy nervioso en absoluto.

Se hallaba en ascuas, era evidente: un rubor un tanto grisáceo se le había extendido por el rostro, disolviendo toda su capacidad expresiva y mostrando tan sólo una incomodidad total. De pronto, vagamen-

te consciente de su insostenible situación, optó por levantarse y encaminarse hacia el mar, seguido por su mujer; aprovechando la oportunidad, Rosemary hizo lo mismo.

El señor McKisco, después de respirar hondo, se lanzó al agua e inició una rígida pelea con el mar Mediterráneo, con la que sin duda se proponía sugerir que nadaba a crol; al quedarse sin aliento se puso en pie y miró a su alrededor, sorprendido de seguir aún a pocos pasos de la orilla.

—Todavía no he aprendido a respirar. Nunca he conseguido entender cómo se respira. —Miró a Rosemary inquisitivamente.

—Creo que se exhala el aire debajo del agua —le explicó ella—. Y cada cuatro brazadas se tuerce la cabeza para respirar.

—Respirar es lo que me resulta más difícil. ¿Vamos hasta la balsa?

Sobre la balsa, que se inclinaba hacia delante y hacia atrás con el movimiento del agua, estaba tumbado el hombre de la cabeza leonina. Al extender la señora McKisco los brazos para alcanzar la balsa, un movimiento repentino hizo que recibiera en el brazo un golpe de cierta violencia, tras lo cual el otro se incorporó y la subió a bordo.

—He temido que se hubiera lastimado. —Hablabla despacio y con timidez; tenía uno de los rostros más tristes que Rosemary había visto nunca, los pómulos bien altos de un indio americano, un labio superior prominente y ojos enormes de color dorado oscuro muy hundidos en las órbitas. Había hablado con un lado de la boca, como con la esperanza de que sus palabras alcanzaran a la señora McKisco por un camino enreve-

sado pero sin obstáculos; no tardó ni un minuto en lanzarse al agua, donde su largo cuerpo, sólo inmóvil en apariencia, se dirigió hacia la playa.

Rosemary y la señora McKisco se lo quedaron mirando. Cuando el primer impulso dejó de empujarlo, se dobló de manera abrupta, sus esbeltos muslos se alzaron por encima de la superficie y a continuación desapareció por completo, dejando apenas un rastro de espuma.

–Nada muy bien –dijo Rosemary.

La respuesta de la señora McKisco estalló con sorprendente violencia.

–Quizás, pero es un músico detestable. –Se volvió hacia su marido, que, después de dos fracasos, había logrado subirse a la balsa y, una vez que consiguió mantenerse en equilibrio, estaba intentando hacer alguna especie de floritura compensatoria, sin otro resultado que un nuevo traspíe–. Estaba diciendo que quizás Abe North nade bien, pero que es un músico detestable.

–Sí –asintió McKisco, a regañadientes. Era evidente que había creado el mundo de su mujer y que le permitía pocas libertades en su interior.

–El que me gusta es Antheil¹. –La señora McKisco se volvió, desafiante, hacia Rosemary–: Antheil y Joyce. Supongo que en Hollywood no se oye hablar mucho de gente como ellos, pero mi marido escribió la primera crítica de *Ulises* que se publicó en los Estados Unidos.

1. George Antheil (1900-1959): compositor, pianista, autor e inventor estadounidense de vanguardia cuyas composiciones musicales exploraron los sonidos modernos –musicales, industriales y mecánicos– de los comienzos del siglo xx. (*N. del T.*)

–Me gustaría disponer de un cigarrillo –dijo McKisco calmosamente–. Eso sería lo más importante para mí en este momento.

–Lo que hace tiene mucho calado... ¿no te parece, Albert?

Su voz se apagó de repente. La mujer con el collar de perlas se había reunido en el agua con sus dos hijos y al instante Abe North apareció por debajo de uno de ellos como una isla volcánica, alzándolo sobre los hombros. El niño gritó, asustado y feliz, y la mujer los contempló con una tranquilidad maravillosa, sin sonreír.

–¿Es su mujer? –preguntó Rosemary.

–No, ésa es la señora Diver. No se alojan en el hotel. –Sus ojos, fotográficos, no se apartaron del rostro de la mujer. Al cabo de un momento se volvió, vehementemente, hacia Rosemary.

–¿Ya has estado antes en el extranjero?

–Sí; estudié en París.

–¡Ah! Entonces sabes probablemente que si quieres disfrutar de verdad, tienes que conocer a algunas familias francesas de verdad. ¿Qué es lo que sacan en limpio esas personas? –Indicó la playa con un movimiento del hombro izquierdo–. Se limitan a estar juntas y a formar camarillas. Por supuesto, nosotros vinimos con cartas de presentación y hemos conocido en París a los mejores artistas y escritores franceses. Ha sido muy agradable.

–Ya me imagino.

–Mi marido está terminando su primera novela, ¿sabes?

–Qué interesante –dijo Rosemary. No estaba pensando en nada especial, tan sólo preguntándose si su madre habría conseguido dormir con tanto calor.